El declive ahora se hacía más abrupto y la vereda menos señalada a medida que subíamos. Pronto encima y abajo de nosotros no hubo más que acantilados.

Es el más bello camino que he visto en este país de Lou Chai, dije, para animar a los hombres, pero dentro de mí mismo tenía miedo de lo que iba a suceder.

Al cabo de algunos minutos, el camino volteaba al rededor del acantilado. Y eso era todo; el sendero terminaba allí.

Al darse cuenta de la posición, uno de los hombres se puso a jurar y a maldecir la trampa a donde habíamos ido a parar. Nos encontrábamos sobre una especie de plataforma que debía ser, a lo más, de diez metros de ancho. Las rocas se levantaron rebasando por encima de nosotros, de modo que podían fusilarnos desde arriba, y ante nosotros se abría un precipicio de dos o trescientos pies de profundidad.

Acostándonos en el suelo, éramos invisibles para los que estuvieran del otro lado de la cañada.

La única aproximación que pudiéramos temer, era a lo largo del pasadizo, y un hombrie bien emboscado a la entrada, valía por un ejército. Estábamos en una fortaleza natural, con una sola desventaja; nuestras únicas provisiones contra el hambre y la sed, eran una mula viva. Mientras nos habíamos alejado doce o quince kilómetros del resto de la expedición, pero sin duda cuando notaran nuestra ausencia un día o dos, mandarían en busca nuestra, al ver que no regresábamos. Al cabo de un día o dos.....

El subteniente se calló de pronto.

—¿Ha tenido Ud. sed alguna vez, Graham?

—Nunca de esa manera,—respondió el etnólogo.

—¡Hum!, nosotros tuvimos sed durante todo ese día, durante la noche y el día siguientes, tomando únicamente algunas gotas de rocío, obtenidas retorciendo algunos lienzos y la tienda de campaña. Bajo de nosotros, el río corría lleno de glú-glús contra una roca que se erguía enmedio de la corriente. Nunca he visto semejante ausencia de incidentes y semejante intensidad de sensación. El sol obedecía sin duda, aún, a la orden de Josué, pues no se movía: flameaba como una hornaza ardiente. Hacia la tarde del primer día, uno de los dos soldados blancos murmuró algo que nadie entendió, y se fue siguiendo el camino por donde habíamos venido. Oímos balazos, y cuando Hooker fue a ver a la entrada del pasadizo, el hombre había desaparecido. Al día siguiente, el cipayo herido, tuvo el delirio y saltó y cayó al despeñadero; entonces matamos a la mula y ella también se desbarrancó en sus últimos estremecimientos, hasta el fondo del precipicio, y así quedamos ocho.

Distinguíamos en el fondo del abismo el cuerpo del cipayo, cuya cabeza se hundía en el agua. Estaba boca abajo, y hasta donde podía uno darse cuenta, parecía como golpeado.

A pesar de todos los deseos del enemigo, por tener aquella cabeza, no se atrevieron a acercarse antes de que cayera la noche.

Al principio hablamos de las probabilidades que había de que el grueso de la tropa hubiera oído nuestro tiroteo, y tratábamos de calcular en qué momento notarían nuestro retardo y mil otras cosas más. Pero nos desecábamos realmente a medida que las horas pasaban. Los cipayos jugaron entre ellos con guijarros, luego contaron cuentos. La noche fue bastante fría. Al día siguiente nadie habló. Nuestros labios estaban renegridos, y nuestras gargantas ardientes, y permanecíamos extendidos sobre la roca, mirándonos unos a otros. Uno de los regulares se puso a trazar sobre la roca, blasfemias e invectivas a manera de testamento, y tuve que hacerlo cesar. Mientras que veía en el fondo del valle al río correr y borbotear, tuve inteciones de reunirme al cipayo. Eso parecía atrayente y deseable: precipitarse a lo largo de la pendiente, habiendo abajo algo que beber—o a lo menos dejar de una buena vez de tener sed.—Sin embargo, a tiempo recordé que mandaba el destacamento, y que era mi deber dar buen ejemplo, lo cual me impidió cometer una tontería.

Fue, al pensar en eso, cuando una idea me vino. Me levanté y examiné la tienda y sus cuerdas, y me admiré de no haber pensado antes. Después fui hasta el borde del acantilado para medir a ojo la distancia. Esta vez la altura me pareció mayor, y la postura del cipayo algo más penosa. Pero no existía más que ese medio, o nada. ...y para decirlo a Ud. sin más rodeos, descendí en paracaídas.....

Tomé un gran círculo de tela de la tienda, bastante grande, le hice un agujero en la mitad, até ocho cuerdas alrededor, que se reunían en el centro, para formar un paracaídas. Los otros me miraban, creyendo, sin duda, en algún nuevo género de delirio. Entonces expliqué mi plan a los dos regulares, y en cuanto el rápido crepúsculo se volvió noche plena, intenté la experiencia. Los dos hombres mantuvieron el instrumento elevado, y yo tomé mi impulso en toda la anchura de la plataforma. Mi paracaídas se llenó de aire como una vela, pero debo confesar que al llegar al borde, sentí miedo y me detuve de súbito.

Pero al punto tuve vergüenza de mí mismo; regresé a la extremidad de la plataforma y me lancé de nuevo. Esta vez salté—con una especie de sollozo, lo recuerdo—salté de lleno en el vacío con la gran vela blanca que se inflaba sobre mí.

Mis pensamientos debieron precipitarse con una velocidad espantosa. Pareció transcurrir un largo momento, antes de que pudiera estar seguro de que mi instrumento permanecería vertical. Al principio se balanceó de uno y otro lado.

Después distinguí la muralla de rocas que parecía subir ante mis ojos, mientras que yo me figuraba permanecer inmóvil. Miré por debajo de mí y ví las aguas sombrías del río y el cadáver del cipayo que venía a mi encuentro. Pero en la indistinta claridad distinguí también tres enemigos azorados de verme llegar, y al cipayo decapitado. A esta vista bien hubiera querido volver a subir.

Al mismo instante, mi bota entraba en la boca de uno de mis enemigos, y él y yo no formábamos más que un solo montón, con la tela que se abatía sobre nosotros al desinflarse. Sin duda debí haberle saltado los sesos al hombre, bajo mi pie. Y no esperaba más que ser asesinado a mi vez, pero los pobres paganos, que nunca habían oído hablar de Baldwin, emprendieron inmediatamente la fuga.

Me desembaracé de la tela y del cadáver y eché una ojeada en mi derredor. A cerca de diez pasos se encontraba la cabeza del cipayo, con los ojos fijos, al claro de luna. Luego distinguí el agua y corrí a beber. No había otro ruido en el mundo, sino el de la precipitada fuga de los enemigos, un débil grito que me llegó desde lo alto y el murmullo de la corriente. Una vez que bebí a mi antojo, descendí a lo largo del río.

Tal es la explicación de la historia del hombre volador. Durante los doce kilómetros que hice para hallar a la expedición, no encontré ni una alma viviente. Llegué al campo de Walters, hacia las diez, y el estúpido imbécil que estaba de centinela, tuvo la ocurrencia de dispararme un balazo cuando surgí afuera de las tinieblas. En cuanto logré hacer entrar mi relación en el duro cráneo de Walters, cincuenta hombres se pusieron en el camino para ir a despejar el valle de los enemigos y rescatar a nuestros hombres. Pero yo por mi parte había tenido sed suficiente, para no ir a provocarla de nuevo, acompañándolos.

Ud. sabe que especie de leyenda han fabricado con eso. ¡Alas grandes, como una mula, ¿eh? y plumas negras! El guapo subteniente, transformado en pájaro. ¡Bueno, bravo!

Un instante, el subteniente permaneció sumido en jubilosa meditación; luego agregó:

—No lo creerá Ud., pero cuando llegaron nuestros hombres a la plataforma, dos cipayos habían brincado al abismo.

—¿Y los demás estaban bien?—preguntó el etnólogo.

—Estaban bien, aparte de la sed.

Y a ese recuerdo, el subteniente se sirvió un nuevo vaso de whisky y soda.

HERBERT G. WELLS.

TRABAJOS DENTALES GARANTIZADOS

VEA UD. AL DR. J. F. TOBERMAN
813½ W. Commerce St. (Altos del Teatro Nacional)
— — Trabajos garantizados por diez años. — —
Precios bajos. Ausencia de dolor. Se habla español.
Una dama atiende a la clientela.